

La Sonia, mi amiga

CARMEN PERILLI

La amistad supone entablar un diálogo de por vida, sin importar las interrupciones que sufra. Conocí a Sonia en los pasillos de la facultad. Se destacaba por su vitalidad y su pasión por la literatura. La pesadilla de la dictadura la llevó lejos y volvimos a encontrarnos al comenzar la democracia. Nos unían no sólo los amores, sino también los espantos devastados por tiempos oscuros que a ella la habían arrojado al exilio exterior y a mí al exilio interior. Recuerdo una tarde en la casa de veraneo de Tafi del Valle donde reiniciamos nuestro diálogo. Nos enredábamos en nuestras pasiones, sobre todo la literatura latinoamericana. Compartíamos una historia común donde estaba Octavio Corvalán como figura tutelar. Nunca más interrumpimos el diálogo y nos sentíamos cómodas aún en ese último tramo en el que comenzaba a perder su vida. Sonia defendía la posibilidad de que la crítica y la teoría literaria fueran políticas y éticas.

Su identificación con el escritor uruguayo Juan Carlos Onetti subrayaba una lectura del relato maestro de nuestra cultura rioplatense en el que la tragedia se dice como angustia. Sus dos libros sobre Onetti son emblemáticos, el segundo mucho más visceral, cercano al mundo claroscuro del autor. Entre ellos dibujaron una extraña línea que definió el comienzo y el final de la escritura de Sonia. En las primeras páginas de *Onetti: La ética de la angustia* recuerda su encuentro con el uruguayo: "... su larga figura, sus ojos brillantes y atentos, su voz grave, burlona, sus juicios tajantes y definitivos cuando hablamos de intelectuales y letrados, su nostalgia infinita cuando se nombraba un Montevideo húmedo y nuestro..."

Sonia llevó su amor y su trabajo con la literatura latinoamericana como algo propio. Me contó que enseñaba *El Lazarillo de ciegos caminantes* porque Concolorcorvo nombraba a Tucumán. Los textos se convirtieron en una manera de rescatar lejanas geografías. Amaba a Jorge Luis Borges y a Roberto Arlt, a Arqueles Vela y a

Rubén Darío. Dedicó sus esfuerzos a diversos temas, siempre vinculando ética y estética. En especial, se implicó en los trabajos sobre la escritura de la modernidad y la vanguardia así como la escritura de mujeres. Su lectura de la novela policial es ejemplar. Sus libros dieron lugar a innumerables cursos, algunos en Tucumán, donde su entusiasmo dejó una fuerte huella.

Podemos considerarla una promotora incansable, que dirigió colecciones y revistas, armó espacios de investigación. Amaba Valencia y nos hacía amarla. Incansable viajera, nunca dejó de sentir sus raíces pero supo construir su casa y su familia en España. Recuerdo que Rafael Gutiérrez Girardot comentó que Sonia era, sin duda, la latinoamericanista más activa en España. Supo de la hermosa y terrible tarea del intelectual, de los desafíos de los autoritarismos y encontró una enorme felicidad en la literatura.

Su muerte la introdujo en el aire transparente de los recuerdos, en el murmullo incomparable de las palabras, en la literatura que, como dice el poeta, es “un cielo de ecos, en un cielo de espejos que te repiten y destrozan y te vuelven innumerable, infinito y anónimo”. Su partida fue, como dice José Emilio Pacheco, un empezar de nuevo, en otra dimensión la de la memoria, la de la letra: “Partir, extraño verbo con dos puntas hirientes, lanzas que afilan la separación, la desesperada/tarea de desunir el desenlace”.

Cuando me avisaron que Sonia había muerto en medio del inmenso dolor no pude dejar de pensar en las palabras de uno de los poetas que amó, Jorge Luis Borges: “Cómo puede morir una mujer o un hombre o un niño que han sido tantas primaveras y tantas hojas, tantos libros y tantos pájaros y tantas mañanas y tantas noches”. Es difícil resignarse a saber todo lo que se fue con ella. Pocas personas logran lo que ella consiguió: pasar por la vida con pasión y con estilo, llenar de afecto e iluminar con la razón y el sentimiento la vida de los otros: llenarlas de charlas interminables y gozosas. Tuvo la capacidad de pensar de a dos, las manos extendidas incondicionalmente y la certeza del otro siempre disponible.

En su vida y en su escritura nos encontramos con esas dos metáforas de las que habla Héctor Tizón: la casa y el viento “La historia de un hombre es un largo rodeo alrededor de su casa. Pero mi casa, junto a las vías, es también sonar de

trenes raudos, resoplantes trenes a través de la noche, como una parábola”. Sonia siempre supo de esos largos viajes y emprendió demasiado temprano el último, nuestras palabras buscan atenuar el dolor de su ausencia. Pero pocos como ella pueden decir como Linacero, el personaje de Onetti, “He fumado mi cigarrillo, hasta el final”.